



Octava de Navidad

Santa María, Madre de Dios

SOLEMNIDAD – Jornada mundial por la paz.

Jueves 1 de enero de 2026

«Encontraron a María y a José y al Niño.

Y a los ocho días le pusieron por nombre Jesús».



«La liturgia de hoy contempla, como en un mosaico, varios hechos y realidades mesiánicas, pero la atención se concentra, de modo especial, en María, Madre de Dios. Ocho días después del nacimiento de Jesús recordamos a su Madre, la *Theotókos*, la "Madre del Rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos" (Antífona de entrada). La liturgia medita hoy en el Verbo hecho hombre y repite que nació de la Virgen. Reflexiona sobre la circuncisión de Jesús como rito de agregación a la comunidad, y contempla a Dios que dio a su Hijo unigénito como cabeza del "pueblo nuevo" por medio de María. Recuerda el nombre que dio al Mesías y lo escucha pronunciado con tierna dulzura por su Madre. Invoca para el mundo la paz, la paz de Cristo, y lo hace a través de María. [...].

Comenzamos un nuevo año solar, que es un período ulterior de tiempo que nos ofrece la divina Providencia en el contexto de la salvación inaugurada por Cristo. Pero ¿el Verbo eterno no entró en el tiempo precisamente por medio de María? Lo recuerda en la segunda lectura, que acabamos de escuchar, el apóstol san Pablo, afirmando que Jesús nació "de una mujer" (cf. Ga 4, 4). En la liturgia de hoy destaca la figura de María, verdadera Madre de Jesús, hombre-Dios. Por tanto, en esta solemnidad no se celebra una idea abstracta, sino un misterio y un acontecimiento histórico: Jesucristo, persona divina, nació de María Virgen, la cual es, en el sentido más pleno, su madre.

BENEDICTO XVI,
Homilía, 1 de enero de 2007.



Comentario general a las lecturas del leccionario¹

El nuevo año se abre con la contemplación del misterio de la Santa Madre de Dios, la Virgen María. Cuando nace un niño se hace fiesta a la madre. Y al nacer el Hijo de Dios se festeja a la mujer elegida para ser la Madre de Dios. Se trata de una fiesta que tiene un origen afectuoso hacia la madre por su parto feliz y por el don de Jesús, el Salvador. Algunas liturgias orientales llaman a esta fiesta que cae en torno a Navidad «las felicitaciones a la Madre de Dios». Es la antigua fiesta de la Virgen Madre de Dios en la liturgia romana, colocada en el día primero del año, recuperada con este título en el calendario renovado, aunque sus textos siempre tuvieron un tono litúrgico mariano. Al celebrar las primicias del año nuevo fijamos nuestra mirada en aquella que es la mujer nueva, la Madre del Señor, la que nos ha dado a Cristo, Alfa y Omega de la historia.

San Pablo nos ayuda a contemplar este misterio. El texto de la carta a los Gálatas es el único lugar donde el Apóstol de las gentes habla de la Virgen María, aunque sea sólo con una alusión al nacimiento de Cristo de una mujer, «nacido de una mujer, nacido bajo la ley». La aparente frialdad de la referencia a María en el texto paulino no nos debe bloquear en la reflexión teológica. María está ahí con su mediación femenina y materna, colocada entre la Trinidad a la que se alude y la humanidad para quien Dios hace el don de su Hijo y de su Espíritu.

Es el Padre quien envía en la plenitud de los tiempos a su Hijo, pero la visibilidad del Hijo de Dios, su presencia en medio de nosotros como Salvador que libera y nos otorga la adopción de hijos en el Espíritu, pasa a través de una madre que lo engendra y lo da a luz. María humaniza a Dios, nos lo acerca, lo hace visible y tangible con su maternidad. Su función es plenamente materna en una dimensión que no puede ser sólo material, que requiere la elección del Padre que nos envía a su Hijo, la aceptación por parte del Hijo de esa maternidad, plenamente humana, su fecundación por medio del Espíritu.

La figura de la Madre de Dios se engrandece a partir de ese ser la mujer de la que ha nacido Cristo el Señor. Porque ella nos ha dado al Salvador y con Él llega hasta nosotros la plenitud del Espíritu que nos hace gritar: Abbá, Padre. María en realidad es en la historia de la salvación la manifestación y la garantía del misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Con su virginidad nos atestigua el origen divino de Jesús. Con el realismo de su maternidad nos asegura la verdad de la Encarnación. Por eso la piedad de los fieles contempla a María con el Niño en sus brazos y entiende, con la intuición de

¹ J. CASTELLANO, *Orar con el año litúrgico. Ciclo A*, Madrid: EDICEP 2010, 37-39.

los sencillos, la grandeza de María y a la vez su imprescindible función en la historia de la salvación.

El Evangelio de Lucas prolonga la narración del acontecimiento del nacimiento de Cristo. El Ángel había prometido a los pastores un signo. Y en Belén contemplan al niño recostado en un pesebre. A su lado está María, la Madre. Lucas recuerda que los pastores dan testimonio de lo que el Ángel les ha dicho. Son pastores que a su modo evangelizan a María, que confirman con las palabras que han oído del Ángel el misterio del recién nacido.

María empieza a gustar las primicias del gozo de los sencillos que reconocen a Jesús como Salvador; experimenta su misión de revelar a todos el misterio de su Hijo. Ella que ha sido la tienda y el templo de la presencia escondida del Verbo durante el tiempo de la gestación, abre ahora su corazón a la meditación profunda de los misterios de su Hijo. Su maternidad no ha concluido con el parto. Es una maternidad verdadera que tiene por delante su colaboración en el crecimiento y la educación del Hijo de Dios; una maternidad que crece con el desarrollo de su hijo y su revelación como Salvador.

Lucas apunta a ese corazón maternal y contemplativo que conserva todo lo que oye de su Hijo. Será ella, la Madre, esa reserva inagotable de conocimientos acerca de las primicias de la vida de Jesús, y el testigo de la verdad de su Encarnación. A los pastores también se les había anunciado el nacimiento de un Niño con estos tres nombres: Un Salvador (Jesús), Cristo (el Mesías), el Señor (el *Kyrios*).

El nombre que se le impone en el momento de la circuncisión indica su misión: Dios salva. Es Él el Salvador, anunciado, esperado. Un Salvador universal. Es el nombre anunciado a María en el Evangelio de Lucas y sugerido a José, en el Evangelio de Mateo. No lo olvidemos. No hay otro nombre en el que podamos ser salvados. Es Él, Jesús, el único que nos puede rescatar de la esclavitud y darnos la filiación divina. Éstas son las características de la salvación cristiana. Por eso la invocación del nombre de Jesús y su recuerdo es ya una oración, una invocación. Jesús es el nombre que María pronunciaba tantas veces en su lengua materna para hablar con su Hijo o hablar de Él. Es el nombre que ella nos indica como una auténtica «*Odighitria*» (la que señala el camino), para que en nosotros habite la plenitud de la salvación.

El año nuevo se abre con este auspicio. Cristo es su principio, porque es Él el Señor de la historia. Es el don que María ha hecho a toda la humanidad. Él es la garantía de la bendición de Dios, de la benevolencia de su amor, de la paz. Los tres dones que en la primera lectura nos recuerdan la bendición de Dios, dictada a Moisés para Aarón y para todo Israel.

Solemnidad de Santa María Madre de Dios 2026 – Textos proclamados

Comentario a las lecturas bíblicas del Leccionario²

«Invocarán mi nombre los israelitas y yo los bendeciré».

Lectura del Libro de los Números 6, 22-27.

«Invocar el nombre de Yahvéh» sobre el pueblo o los hijos de Israel es una expresión técnica. Es como una actualización con todas sus consecuencias de la elección o vinculación del pueblo a Yahvéh. El pueblo de Israel lleva el nombre de Yahvéh (como una esposa el del marido) y al nombre de Yahvéh le afecta la suerte próspera o adversa por la que pasa el pueblo.

Cuando el pueblo estaba en el destierro y como humillado, el nombre de Yahvéh estaba profanado entre las gentes (cf. Ez 36). Pero cuando el pueblo fue liberado con grandes prodigios divinos, el nombre de Yahvéh fue santificado, fue puesto a gran altura, pasando de la humillación a la glorificación (Ez 36). De ahí que la invocación del nombre sobre el pueblo sea una fuente de bendición y una garantía de benevolencia, pues es una «actualización de la elección divina», de donde le vienen a Israel todas las bendiciones.

«El Señor tenga piedad y nos bendiga».

Salmo responsorial 66

Israel cantaba este salmo para agradecer a Dios la cosecha y pedir nuevas bendiciones. Para nosotros el nacimiento de Cristo ha sido el don inicial: que Dios continúe bendiciéndonos y nos lleve a la plenitud pascual.

«Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer».

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Gálatas 4, 4-7.

El Misterio de la Encarnación: a) sucede en la plenitud de los tiempos, como realización de una larga esperanza de los hombres; b) tiene un efecto doble: da a los hombres la filiación divina, los libera de la esclavitud de la ley mosaica; c) para producir este efecto, la Encarnación se realiza por vía normal de los hombres y de la ley: Cristo nace de mujer y sometido a la ley; d) la ley sitúa a Cristo en la historia de la salvación, en la historia de su pueblo. La mujer lo sitúa entre los hombres sus hermanos, a los que viene a liberar y a salvar haciéndolos, como es él, hijos del Padre (cf. Rm 8, 15-16; Ef 1, 10; Col 2, 20).

² SECRETARIADO NACIONAL DE LITURGIA (España), *Comentarios bíblicos al leccionario dominical*. Vol. I: Ciclo A, 59-62.

*«Encontraron a María y a José y al Niño.
Y a los ocho días le pusieron por nombre Jesús».*
Lectura del santo Evangelio según San Lucas 2, 16-21.

A Jesús le encuentran los pastores cerca de María su madre, la primera creyente, la totalmente disponible a Dios. María es madre por su apertura a la Palabra de Dios, por su silencio creyente que acepta el misterio. El ideal del pueblo de Israel era «escuchar la Palabra de Dios». María es el ideal del pueblo, al ser un perfecto y total «sí» a la Palabra en la que Dios se dice totalmente, Jesús. Del tronco de David nace el Retoño que es la esperanza y la respuesta de Dios. Esta maternidad es dolorosa (Mt 1, 19; Lc 1, 29. 34; 2, 33). La turbación, la dificultad, el dolor anunciado, su no entender las palabras de Jesús no impiden que su «sí» a la Palabra sea constante. La voz de Dios le llega por su Hijo, por Simeón, por los pastores: «María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón». María crece; su maternidad no termina en Belén, sino en la cruz. (Jn 19, 25).

«En la Octava de Navidad, Solemnidad de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, las lecturas tratan sobre la Virgen Madre de Dios y la invocación del santo Nombre de Jesús» (OLM 95). La celebración de la fiesta de Navidad, que dura una semana, concluye con esta solemnidad, que también marca el comienzo del Año Nuevo en muchas partes del mundo.

Las lecturas y oraciones ofrecen la oportunidad de reflexionar sobre la identidad del Niño cuyo nacimiento celebramos. Él es verdadero Dios y verdadero Hombre; el antiguo título de Theotokos (Madre de Dios) afirma tanto la naturaleza humana como la divina de Cristo. Él es también nuestro Salvador (Jesús, el nombre que recibe en su circuncisión, pero que le fue dado por el ángel antes de su concepción). Él nos salva al nacer bajo la Ley y nos rescata mediante el derramamiento de su Sangre: el rito de la circuncisión celebra la entrada de Jesús en la alianza y prefigura «la Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por ti y por muchos para el perdón de los pecados».

El papel de María en la obra de la salvación es también un tema central en esta liturgia, tanto en relación con Cristo, quien recibió su naturaleza humana de ella, como en relación con los miembros de su Cuerpo: ella es la Madre de la Iglesia que intercede por nosotros. Finalmente, la celebración del Año Nuevo brinda la oportunidad de agradecer las bendiciones del año que acaba de terminar y de orar para que en el año que comienza, como María, cooperemos con Dios en la misión continua de Cristo.

La Oración sobre las Ofrendas une muy bien estos diversos hilos: «Oh Dios, que en tu bondad inicias todos los bienes y los llevas a su plenitud, concédenos a nosotros, que nos alegramos en la solemnidad de la santa Madre de Dios, que, así como nos gloriamos en los comienzos de tu gracia, un día podamos regocijarnos en su consumación. Por Cristo nuestro Señor».

Directorio homilético, núm 123.

Santa María, Madre de Dios

SOLEMNIDAD – 1 de enero de 2026

«Encontraron a María y a José y al Niño.
Y a los ocho días le pusieron por nombre Jesús».



Moniciones

Entrada

Hoy ha nacido Aquel que nos trae la salvación y la paz: su nombre es Jesús.

Queridos hermanos y hermanas: en este día estamos invitados a contemplar al Hijo eterno del Padre quien se ha hecho niño y se encuentra en brazos de la Virgen María, verdadera Madre de Dios. Con fe encomendemos este nuevo año 2026 y conmemoremos la jornada mundial por la paz.

Liturgia de la Palabra

La Palabra de Dios de este día nos lleva a poner nuestra mirada en el misterio de la Virgen Madre y al mismo tiempo nos lleva a implorar la bendición que el Señor quiere entregarnos en el comienzo del nuevo año. Estemos atentos.

Presentación de los dones

Así como María se dispone para guardar en su corazón las obras de Dios, nosotros hoy dispongamos el corazón para unirnos a la ofrenda de Jesucristo. En manos del Padre encomendamos el nuevo año 2026 y la paz del mundo entero.

Comunión

María es Madre de Dios por concebir al Salvador en su vientre y también en su alma. Que ella nos enseñe a vivir con alegría la experiencia de tener a Dios dentro de nosotros, especialmente cuando comulgamos.

Santa María, Madre de Dios

SOLEMNIDAD – 1 de enero de 2026

«Encontraron a María y a José y al Niño.
Y a los ocho días le pusieron por nombre Jesús».



Oración universal

Con la alegría desbordante del Nacimiento de nuestro Salvador, concebido por el Espíritu en las entrañas de Santa María, Madre de Dios, presentemos nuestras oraciones, en el comienzo de este nuevo año 2026 y digamos:

Por intercesión de la Virgen María, escúchanos, Señor.

- † Oremos por la Iglesia Universal para que en este tiempo de Navidad renueve el entusiasmo misionero por anunciar la Buena noticia.
- † Oremos por la paz del mundo para que este sea un fruto del Jubileo de la Esperanza, de manera que todos los seres humanos seamos instrumentos de una paz desarmada y desarmante.
- † Oremos por los gobernantes de nuestros pueblos para que su trabajo político redunde en progreso y bien común para todos.
- † Oremos por aquellos que sufren la soledad, la pobreza, la enfermedad y otras circunstancias difíciles para que en este nuevo año puedan superar sus problemas con la gracia de Dios y la caridad humana.
- † Oremos por nosotros que hoy celebramos la solemnidad de Santa María, Madre de Dios para que de ella recibamos a nuestro Redentor en nuestras vidas y permanezcamos con Él en este nuevo año.

Padre que tanto nos amas que nos has entregado a tu Hijo,
nacido de María Virgen, madre de Dios y madre nuestra,
te presentamos estas oraciones, al comienzo de este nuevo año,
seguros de que tú siempre nos escuchas.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.